

«Cierro los ojos y veo películas.
El cerebro es un cine»

Matilde Gisbert Beyeler, 7 años

La sorprendente película *The Mind Benders* de 1963 gira alrededor de un experimento: un gran tanque de privación sensorial donde se sumerge a un sujeto aislado de todo estímulo y posibilidad de percepción exterior. En una secuencia de la película se describe como dicho sujeto, privado de cualquier sensación externa, pasa por cuatro diferentes fases: una primera hora de tranquilo aburrimiento que deriva en irritación; una perezosa melancolía junto a una hipersensibilidad táctil para la segunda hora; la tercera fase es la del pánico: *el grito de un simio asustado*, dice el narrador; y, más allá de las siete horas, *finalmente, el confortable consuelo de las alucinaciones*. El doctor Longman sumergido en esta piscina de aislamiento extremo canturrea (*Oh, my darling Clementine*) y balbucea sin cesar frases sin sentido durante horas, aferrado al ancla de su propia voz que le devuelve al menos la certeza de su propia existencia.

No hay silencio.

La creación de la primera cámara de vacío coincide con las primeras grabaciones de voz en microsurco. Las imágenes colapsaron hace tiempo pero, como el doctor Longman (*Oh, my darling, Oh, my darling...*), aún conservamos una insólita confianza en el sonido de la voz. Hemos perdido la fe en las imágenes como garantía de realidad, pero probablemente seguiríamos como un faro el hilo de una voz antigua.

La idea de aislar un cuerpo y privarle de toda posible percepción ya la había imaginado en el medievo al filósofo persa Ibn Sina (por cierto mientras estaba aislado como prisionero en el castillo de Fardajan). En su caso el propósito era demostrar que ese ser flotante en la nada, incapaz de sentir sus miembros o sus órganos, sí sería sin embargo capaz de ser consciente de su propia existencia. Para Siegfried Krakauer unos cuantos siglos después, en cambio, no sería necesaria ninguna infraestructura, se podría alcanzar esa misma consciencia de la propia existencia simplemente aburiéndose hasta el extremo, como el doctor Longman (*Oh, my darling Clementine...*) en su primera hora en el tanque de aislamiento.

En una fundación de arte de Barcelona se esconde (hay que solicitar la entrada) una habitación forrada de plomo obra del artista Joseph Beuys, que es la experiencia gratuita y doméstica más cercana al tanque de aislamiento del doctor Longman. Si se cuenta con la complicidad de la persona encargada de mostrarla, se puede pasar (no ocho horas) pero sí bastante tiempo en ella. El plomo absorbe el sonido y, como el ser flotante de Ibn Sina, adquirimos casi de inmediato la dimensión de nuestra presencia en pleno acto de ser. Beuys decidió titular en 1983 a esta instalación plúmbea *espacio de dolor*. Nosotros ahora, contenedores blandos de neuronas sobreestimuladas, tenemos que admitir que permanecer dentro nos produce más paz que dolor.

No es posible el vacío, no es posible el silencio.

Esto ya lo descubrió John Cage cuando se encerró en su famosa cámara anecoica y comprendió que el sonido del pulso de su propia sangre se le haría insoportable. Así se lo explicó el técnico al salir: el sonido alto que percibía correspondía al sistema nervioso y el bajo a la circulación sanguínea.

«Es necesario llevar a cabo experimentos golpeando cualquier cosa.» dijo Cage después de testar el no-vacío. Probemos a golpear con sonido unos cuerpos ciegos de tanto ver. Golpear como masaje cardíaco. Decidimos suprimir los ojos para ver mejor lo invisible, como Demócrito. Ya llegará el tiempo de arrancarse los oídos para volver a ver. Por ahora necesitamos con urgencia que sacudan nuestra caja torácica. Somos de la estirpe que acercaba el cuerpo al *subwoofer* en los conciertos para tener al menos consciencia de la existencia de nuestro propio esternón. A veces es preciso hacerlo así.

Periódicamente necesitamos cubrirlo todo y volver a empezar. El barro viene bien, es primigenio y sirve para delimitar lo que aún no existe. Más de 10 cosmogonías (incluida la científica) contemplan la creación de la vida a partir del barro. Fabriquemos adanes de arcilla que bailen junto a los bafles. Si el sonido fuese suficientemente fuerte ¿se modelaría el barro con las ondas? ¿Qué cuerpo resultaría de ese impacto?

Un golpe de barro sónico en cada caja torácica sentada en cada butaca. Ojalá.

Si pasamos suficiente tiempo dentro de la habitación de la nada comenzará la alucinación, el trabajo audiovisual de la imaginación. El Conde de Torrefiel nos propone un tótem embarrado que emita el sonido (¿grave? ¿agudo? ¿ultrasónico?) de nuestra propia cabeza imaginando. Si cubrimos la escena de arcilla quizás vuelva el deseo de mirada. Si pasamos suficiente tiempo dentro del barro tal vez tengamos consciencia al menos de nuestro propio aburrimiento. Somos la estirpe que siente paz en la habitación del miedo. Pedimos esternones sacudidos con voces antiguas y *nada, de ser posible, nada*.

Ojalá nos aburramos lo suficiente como para desear una escena.

Que comience pronto la proyección en el cerebro/cine, del confortable consuelo de las alucinaciones.